

—¿Y sin dar un peso á mi hijo?  
 —No es prudente...  
 —¿El sueño le es tan provechoso?  
 —Estoy en este momento tan cansado en que todo me  
 bien, pues como he dicho ya, aprovecho esta feliz coyuntura para  
 hacer algunas visitas.

**CAPITULO LI.**

—A consecuencia de las precedentes réplicas, se retiró María  
 y Rosa, en sus aposentos, para descansar un rato.  
 Pocos momentos después de la facultativo algunas instrucciones.

**ESPERANZAS.**

Después de haberse retirado, mientras la parda joven  
 sin testigo alguno, como la niña inmediata á la cabecera del lecho  
 del marido, la silla que hasta entonces no había abandonado María.

—Tomás—gritó Rosa á media voz al salir de la alcoba de Enrique.

—¿Qué hay?—contestó el fiel negro levantándose azorado de un sofá donde el sueño le habia vencido.

—¡Pobre Tomás!—esclamó bondadosamente María—tambien hace dias que no descansa tranquilamente.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó el negro con sobresalto.

—Sí, amigo mio—respondió María sonriéndose; —pero es novedad agradable.

—¿Cómo así?

—Enrique está ya fuera de peligro.

—¿Lo ha dicho don Antonio?—repuso con alegría el buen negro.

—Acaba ahora mismo de asegurármelo—dijo María.

—¡Viva! ¡Viva!—gritó saltando como en su juvenil edad el pobre viejo.

—No grites, por Dios—esclamó Rosa.—Enrique duerme tranquilamente, y conviene mucho no despertarle, porque dice mi marido que el sueño le es sumamente provechoso.

—¿Y cuándo se ha notado la mejoría?—preguntó el negro bajando la voz de manera que apenas se le podia oír.

—Esta mañana. Mira de darnos cualquier friolera para comer—añadió Rosa—y luego veremos si podemos descansar un rato.

—Gracias á Dios que se ponen ustedes en razon—dijo Tomás.—Hace una infinidad de dias que nadie come ni duerme en esta casa. Así están ustedes tan desmejoradas y tan...

—Vamos, anda listo—interrumpió María.

—¡Hola! ¿tiene usted apetito?—preguntó lleno de gozo el negro.—Ya era hora. Voy á hacer una tortilla con jamon, que tanto le gusta á usted.

—No, Tomás—repuso María—no quiero mas que una taza de caldo.

—¿Estás en tu juicio?—preguntó Rosa.

—¿Y para eso tanta prisa?—añadió Tomás.—Yo me figuraba que tenia usted hambre; y por fuerza debe ser así después de los dias que lleva usted sin tomar alimento.

—Eso no es cierto, pues no he dejado nunca el caldo.

—¡Vaya un alimento sólido!

—Es sustancioso.

—Puede ser; pero eso cuando se hubiera usted tomado buenas tazas. Apenas aproxima usted los lábios ó se contenta con un par de sorbos. No sé cómo tiene usted fuerzas para andar. Voy á hacer la consabida tortilla para después del cocido.

—Te digo que me basta con el caldo y una tostadita.

—Bueno, el caldo y la tostadita para la sopa, luego come usted una pechuga de gallina y algunos garbanzos, viene después para principio la tortilla con jamón, y un poco de guayaba para postres, intercalado todo con el vinillo dulce de Málaga que le gusta á usted, y tan campante.

Tomás se dirigió precipitadamente á la cocina, y María y Rosa al comedor.

Poco tardó el negro en presentarse con dos tazas de caldo.

—Siéntate, y come con nosotras—dijo la marquesa á su mayordomo.—Ya nos servirá la muchacha.

—Hay momentos solemnes—dijo con énfasis el negro—en que nadie ha de servir á mi señorita mas que yo, y este es uno de ellos.

—Pues bien, trae todo lo que haya, y siéntate.

—He de hacer la tortilla con jamón.

—Te repito que no quiero tortilla. El caldo seria suficiente; pero ya que os empeñais en que coma algo, trae el cocido, y comeré un poco de gallina.

—La tortilla estará hecha en un momento.

—Bien, os la comereis Rosa y tú.

—¿Y usted no?

—No tengo apetito, ni es prudente que coma demasiado.

—Eso es un desaire. Voy á traer el cocido, y comerán ustedes solas. Yo tampoco tengo apetito.

—Qué mal genio vas poniendo con la edad, Tomás.

—Eso es, encima del desaire, solo falta que me llame usted viejo.

—Vamos, no te enfades, trae la tortilla con jamón.

—¿Comerá usted de ella?

—Haré un esfuerzo.

—Para darme gusto siempre tiene usted que hacer esfuerzos. Y diciendo esto salió Tomás del comedor.

—¡Pobre Tomás!—dijo Rosa—cómo te quiere.

—Como un padre.

—Es lástima que se haga viejo. Hombres así... tan fieles... tan honrados... no debieran morir nunca.

—Verdad es que se va haciendo viejo; pero está mas fuerte y ágil que todos los de la casa. Yo le estoy continuamente riñendo porque no quiero que haga ciertas cosas que corresponden á los criados; pero él no sabe estarse un momento mano sobre mano, y hace mas en un abrir y cerrar de ojos, que los demás criados juntos en todo el dia.

Así iba prolongándose la conversacion en alabanza del honrado negro, cuando se presentó este con el cocido y la tortilla, que dejó en la mesa tomando asiento entre Rosa y María.

Como las tazas de caldo estaban poco menos que hirviendo cuando las sacó Tomás, habian dado lugar á que María y Rosa aguardasen el resto de la comida.

—¿Y no hay taza para tí?—preguntó María á Tomás.

—No quiero sopa—respondió el negro.

—Todo se arreglará—replicó María.

—Y desmenuzando la tostada dentro del caldo, vertió la mitad en un plato y se lo presentó á Tomás.

—Eso no, á usted le hará mas provecho que á mí—dijo el negro.

—¿Qué vengativo eres, Tomás!—esclamó sonriéndose la marquesa.

—¿Cómo así, señorita?

—¿Quieres también hacerme un desaire?

—¡Yo!...

—Pues mira que si desprecias mis sopas, no he de comer yo de tu tortilla.

—Venga; aunque me diese usted veneno. Tengo empeño en que coma usted tortilla. He puesto mis cinco sentidos en que saliese bien sazónada, y echa el jamón un tufillo tan agradable...

—La lástima es que se va á enfriar—objetó Rosa.

—No importa,—dijo Tomás—es la ventaja que tienen las tortillas. Cierto es que son muy ricas cuando acaban de salir de la lumbre; pero los verdaderos aficionados, como suelen ser los cazadores y los viajeros, las prefieren frías. Hay una copla que reza lo mismo; pero no me atrevo á decirla.

—¿Por qué razón?

—Porque es un poquillo así... coloradilla...

—Si es una desvergüenza, haces bien en callarla.

—Desvergüenza no; pero... tiene su poco de pimienta. Si ustedes me dan permiso...

—Vamos á ver—dijo María en tono de asentimiento.

Y Tomás recitó á medio cantar esta copla:

Tres manjares excelentes  
hay en las Andalucías,  
gazpacho, tortillas frías,  
y morenillas calientes.

—Pon buenas magras en lugar de morenillas,—esclamó Rosa—y queda la copla muy decente.

—Tiene razón Rosa—dijo María.

—No hay inconveniente de mi parte en admitir la enmienda,—repuso Tomás con la gravedad de un diputado á Cortes,—y creo

que conmigo la admitirán todos los viejos. Raro es el hombre que de los cincuenta para arriba no esté por las buenas magras.

Como se vé, el honrado Tomás se esforzaba por aparentar buen humor y escitar la alegría en el corazón de la marquesa; pero este corazón, desgarrado por mil angustias, acerbadas en demasía, apenas palpitaba ya.

La postración de María hacíase de momento en momento mas visible, y todos temían una catástrofe, que sería la mas dolorosa, no solo para sus parientes y amigos, sino para todos los menesterosos de Madrid, que tenían en la marquesa una generosa protectora, una madre caritativa que con mano pródiga acudía á todas las necesidades.

En medio de la falta de alimento que sentía, trataba de complacer el general deseo animándose á comer; pero todo repugnaba á su paladar, y era insignificante la sustancia que llegaba á su delicado estómago. El estado de la salud de María era mucho peor de lo que ella aparentaba.

Continuaba el negro aguzando toda su inteligencia con el objeto de divertir á la marquesa con sus chistes, y entre los muchos que se le ocurrían, no dejaban algunos de caer en gracia á las dos oyentes y aun escitar en ellas la sonrisa; pero esto sucedía muy pocas veces, porque no hay cosa mas difícil que empeñarse en ser gracioso por fuerza y en momentos precisos, acaso no los mas á propósito para escitar la agena hilaridad.

De todos modos el pobre viejo animaba jovialmente la conversacion con todo el afán que le dictaba su buen deseo, cuando una confusa gritería que estalló de repente, hizo que María se levantase asustada, y en ademán de correr hácia la alcoba de su hijo, esclamó como fuera de sí:

—¡Dios mio!... ¿qué voces son estas?

También Rosa hizo un movimiento de sobresalto.

—Eso es nada, señoritas;—dijo Tomás—no hay que asustarse. Madrid se ha convertido hoy en jaula de locos. La alegría de sus habitantes raya en frenesí por la entrada triunfal del general Espartero que debe verificarse mañana; y esos gritos son indudablemente desahogos muy naturales de los grupos de patriotas que por las calles transitan.

Así era efectivamente la verdad.

Aquellas voces confusas fueron aproximándose, y se percibían ya los vítores que alternaban con los sonidos de una música que tocaba la jota aragonesa.

Al pasar por debajo de los balcones del comedor donde estaban María, Rosa y el negro Tomás, dijo este:

—¿Por qué no se asoman ustedes?

—Sal tú al balcon si quieres,—dijo María—yo no estoy de humor para eso.

—Entonces tampoco quiero yo verlo. Mientras usted no se ponga alegre, tampoco puedo estarlo yo. Es cierto que me hubiera gustado echar unos cuantos vivas á la libertad... Será otro dia.

Los tres interlocutores guardaron silencio, y oyeron que los que pasaban por la calle cantaban lo siguiente:

Los polacos y serviles  
tienen un miedo cerval,  
porque empuña sus fusiles  
la Milicia nacional.

A cada uno de los precedentes versos que oía Tomás, echaba una carcajada de aprobacion, y al final de la copla exclamó con entusiasmo:

—¡Viva la Milicia nacional!

Oyóse luego esta nueva copla:

Decían ministros Cacos  
que el robar no era delito;  
mas los ladrones polacos  
cayeron en el garlito.

—¡Bien!—exclamó Tomás desternillándose de risa, como si hubiese olvidado los padecimientos de la marquesa.

Los que cantaban continuaron de este modo:

Para la prosperidad  
del valiente pueblo ibero,  
viene á darnos libertad  
el general Espartero.

Maquinalmente habíase aproximado Tomás á las puertas del balcon, que solo estaban entornadas; y no pudiendo contener su entusiasmo, las abrió de par en par, y agitando el pañuelo blanco, que en sus manos y junto á su negro rostro se hacia mas visible por el contraste, prorumpió en vítores á Espartero y á la libertad, hasta que con el alejamiento de la muchedumbre volvió en sí, y medio avergonzado se quitó del balcon, pidiendo mil perdones á la marquesa por la imprudencia que acababa de cometer.

María, ensimismada en profundas meditaciones, no habia prestado su atencion al bullicio de la calle ni habia reparado en lo que estaba haciendo Tomás.

Rosa tampoco le hizo gran caso, y haciendo que comia, contemplaba al soslayo la melancolía de su hermana, que por momentos le inspiraba mayor recelo.

—¿Qué tienes, María?—dijole por fin asiéndola cariñosamente de la mano.

—Nada—respondió la marquesa.

—Te veo cada vez mas afligida, cuando debieras consolarte con la seguridad que mi esposo te ha dado de salvar á Enrique.

—Tu esposo es muy bueno, y acaso por el deseo de consolarme no me ha dicho la verdad.

—¡Válgame Dios, qué gana tienes de atormentarte! ¿A qué viene esa sospecha?

—Qué sé yo... mi corazón no me anuncia nada bueno.

—¿Pero no has dejado tú misma á Enrique durmiendo tranquilamente? ¿No has visto que Antonio ha salido de casa en la seguridad de que Enrique no corre ningun peligro?

—¿Si habrá despertado ya? Voy á verlo.

—Ya le veremos después. Déjale descansar. A la mas leve novedad que ocurriese, la hermana de la Caridad nos mandaria avisar corriendo. Vamos, vámonos á acostar un rato.

—Eso es lo que deben ustedes hacer;—dijo Tomás—descansar sin cuidado alguno, toda vez que dice don Antonio que está ya el señorito fuera de peligro. ¿Y por qué no ha de curar? La juventud es su mejor bálsamo... A su edad se tiene mucha resistencia... ¿No se acuerda usted de la otra vez que estuvo herido? Pues así como sanó entonces, sanará ahora en gracia de Dios. No faltaba mas sino que se muriese á la flor de su edad... un jóven tan bizarro... ¡Oh! no saben ustedes aun lo que vale el señorito don Enrique. Es lo que se llama todo un valiente. Digno hijo de su padre. En estos dias ha sido la admiracion de todos los defensores de las barricadas, porque él no podía permanecer tranquilo en un solo puesto, si en aquel puesto no habia lucha, y al momento le abandonaba para pasar á otro de mayor peligro. Aquello no era valor, era arrojo imprudente... era temeridad...

—¿Y por qué no le contenias?—esclamó la marquesa?

—¿Contenerle á él? Ya, ya, mansito es el muchacho para dejarse conducir. Para él las barricadas estaban de sobra; mas bien le servian de estorbo que de parapeto, pues en vez de guarecerse detrás de ellas, pasaba delante y hostilizaba al enemigo á cuerpo descubierto. Al verle tan rubio, tan hermoso, tan valiente, sus compañeros le victoreaban, y todos los espectadores le prodigaban ardientes muestras de simpatía. Yo le decia de continuo: señorito, eso toca ya en locura... es querer morir... y debe usted acordarse de su mamá.

—¿Y qué respondia á eso?—preguntó María.

—«Mi mamá quiere que no olvide los deseos que le manifestó la suya pocos momentos antes de morir... Mi mamá se alegraria de verme vengar los padecimientos que los tiranos han acarreado á toda la familia... Si tú no tienes valor para seguirme, déjame solo.» Al oírle hablar de este modo, no habia mas remedio que ceder. ¿Dudar del valor del negro Tomás! esto no debia yo de ningun modo consentirlo, y para disminuir en lo posible el riesgo á que el señorito se esponia, me colocaba yo delante de él con el objeto de ponerle á cubierto de las balas. Si alguna de ellas me hubiera dado pasaporte para el otro mundo, lo hubiera sentido mucho, si es que los muertos sienten algo; pero siempre valia mas que me tocase á mí la china que á un jóven tan bello como el señorito don Enrique. A pesar de esto, mis afanes fueron inútiles. Oí silbar una bala, y este silbido fué seguido de una voz moribunda que exclamaba: GRACIAS, DIOS MIO, GRACIAS. Esta voz era la de don Enrique, á quien inmediatamente cogí en brazos y le llevé al mas próximo hospital de sangre.

—¿Es posible?—esclamó profundamente conmovida la mar-

quesa. —¿Dió gracias á Dios en el momento de sentirse herido?

—Sí señora, y no dejó de chocarme semejante exclamacion.

—A mí no,—pensó la marquesa para sí.—¡Pobre Enrique! buscabas la muerte porque el amor desgarró aun tu corazón. Esto destruye toda idea de felicidad para mí. Si muere Enrique... le seguiré al sepulcro... y si recobra la salud, le veré de día en día mas desdichado. Una pasión violenta le avasalla, y esta cruel pasión no puede tener un término feliz.

En estas meditaciones estaba sumergida la marquesa, cuando cogiéndola Rosa de una mano le preguntó cariñosamente:

—¿En qué piensas, hermana mía?

—Que sé yo, Rosa... soy muy desgraciada.

—¡Desgraciada! no concibo porqué. En vísperas de ver á tu Luis, con la seguridad que te ha dado mi marido de salvar á Enrique. En todo cuanto sucede no veo mas que motivos de alegría. Mañana estará Enrique mejor y podremos sacar á Isabelita de casa de la maestra. La pobre criatura tendrá ya deseos de verte.

—Tienes razón, yo también los tengo de abrazarla, de tenerla á mi lado. Quiero que todos esteis conmigo... No me abandonéis en estos críticos momentos... Quiero veros en mi derredor por si acaso os pierdo para siempre.

—¿Qué dices, María? Esas terribles palabras....

Y la sensible Rosa no pudo continuar; el dolor había ahogado su acento, y abrazando á su hermana, prorumpió en amargo llanto.

—Ya estará usted contenta—dijo Tomás en tono de reconvencción á la marquesa de Bellaflor.—Ya ha logrado usted afligir á su hermanita, y desgarrar el corazón de un pobre anciano.

Y también el venerable viejo empezó á llorar como un niño.

—Perdonadme, perdonadme—repuso María esforzándose por

sonreír y aparentar serenidad.—Soy una loca. Rosa, hermana mía, no llores, y tú tampoco, amigo mío. ¿Habeis creído que hablaba de veras?

—¿Qué sería de nosotros si llegáras tú á faltar?—esclamó Rosa.

—¡Dios me libre de presenciar semejante desgracia!—añadió Tomás.—¿Quién cerraría los ojos á este pobre negro? ¿Quién rogaria á Dios por el alma de este anciano... próximo á bajar al sepulcro?

—No hablemos de sepulcros ni de muertes,—replicó María con aquella imperturbable serenidad que solía aparentar en los momentos de prueba.—Lejos de pensar en la muerte, me siento muy bien después de lo que he comido, y con las bellas esperanzas que me rodean de un dichoso porvenir, sería preciso adolecer de algun estravío mental para pensar en la muerte. Nada de eso, hermana mía... Enrique recobrará su salud antes de que llegue mi Luis y la dicha renacerá para no abandonarnos jamás.

—¿De veras estás contenta?—preguntó Rosa enjugándose con alegría los ojos.

—¿Pues no he de estarlo? ¿No conoces tú misma que no hay motivos para otra cosa?

—¡Viva! ¡viva!—gritó el negro Tomás radiante de júbilo.

—Ahora vamos á descansar un rato—añadió María con la mas viva expresión de placer—y cuando despertemos, tendremos seguramente nuevos motivos de gozo con la mejoría de Enrique.

—Vamos—dijo Rosa enteramente consolada al ver las hermosas esperanzas de María.

—Y yo voy también á tenderme en mi sofá junto á la alcoba del señorito—esclamó Tomás.

¡Cuánto heroísmo había en aquella terrible ficción de María!  
Su generoso corazón mas lacerado que nunca, lograba dominarse hasta el punto de concentrar sus agudos pesares, y lanzar aparentes destellos de satisfacción con el objeto de secar el ageno lloro.

Separémonos por pocos momentos del palacio de la marquesa de Bellaflor, y pasemos á reanudar los acontecimientos políticos de Madrid, que hemos abandonado en el momento de dejar instalada la Junta de Salvación.

## CAPITULO LII.

## PROVIDENCIAS DE LA JUNTA.

Todos los afanes de la Junta de salvación, como ya en sus primeras alocuciones dirigidas al pueblo había manifestado, se reducían á que cesara la efusión de sangre.

Ya con este objeto, en la tarde del 18, el brigadier don Narciso Ameller, como ayudante general de la Junta, había visitado, no sin arrostrar grandes peligros, varios cuarteles que se mostraban hostiles á los defensores de las mas próximas barricadas.

Constituida la Junta en sesión permanente dia y noche, estaba en continuas relaciones con el ridículo gobierno acorralado en el régio alcázar.

Prestemos por un momento atención á las palabras de Córdova.

Dice en su Memoria:

«En este estado las cosas, y empeñada la lucha, sin que pudiera yo abrigar lo menor duda de lo fuertemente constituidos que estábamos para resistir, el ministerio fué llamado por S. M., que